

Elena Poniatowska, la princesa que se convirtió en Sancho Panza

► La escritora mexicana recibió el Cervantes de manos de Don Juan Carlos con un discurso emocionante y reivindicativo

MIGUEL ÁNGEL DELGADO
ALCALÁ DE HENARES

Sancho Panza se hizo mujer ayer en el Paraninfo de la Universidad de Alcalá. Se adornó con un colorido vestido tejido a mano por mujeres de las poblaciones mexicanas de Juchitán (Oaxaca), y habló con musicalidad y belleza sobre los olvidados, los anónimos, las gentes que hacen que América Latina palpite. Sancho Panza, ayer, se encarnó en Elena Poniatowska.

La mexicana era la cuarta mujer en recibir el premio Cervantes (tras María Zambrano, Dulce María Loynaz y Ana María Matute), pero se daba la circunstancia de que era la primera que iba a leer su discurso desde el estrado, después de que sus predecesoras, por causas diversas, no pudieran hacerlo. Por eso, el acto de ayer cobró un significado especial: Poniatowska, de 82 años, destacaba a la entrada del Paraninfo, donde esperaba la llegada de los Reyes, por su tradicional vestido rojo y amarillo, que hace 15 años le regalaron las campesinas y a quienes había prometido que lo luciría en cada premio que le fuera concedido; ayer era la cuarta, pero también era la más especial.

La otra nota de color estuvo protagonizada por la Reina, quien destacó entre la comitiva oficial por el colorido primaveral de su vestido, que iluminó la monotonía de la etiqueta. En la entrada al Paraninfo, la calidez del beso con el que se saludaron Don Juan Carlos y la galardonada también superó la rigidez protocolaria.

Protagonistas, los olvidados

Tal vez por eso, cuando Don Juan Carlos le entregó, tras la lectura del acta del jurado a cargo de María Teresa Lizarranzu, directora general de Política e Industrias Culturales y del Libro, la medalla y la escultura que la acreditaban como ganadora del premio Cervantes de Literatura en Lengua Castellana 2013, la sonrisa con la que recibió el aplauso de los asistentes (estaban presentes el presidente del Gobierno, Mariano Rajoy; el ministro de Educación, Cultura y Deporte, José Ignacio Wert; el secretario de estado de Cultura, José María Lassalle, y el presidente de la Comunidad de Madrid, Ignacio González, entre otras personalidades del mundo político y cultural) parecía desmentir el ner-



Don Juan Carlos saluda cariñosamente a Elena Poniatowska a su llegada al Paraninfo de Alcalá

ERNESTO AGUDO

viosismo con el que afirmaba enfrentarse al trance.

Presenciaban la escena sus hijos y sus nietos, quienes sonrieron ante los guiños que su abuela les dedicó en el discurso. Pero los protagonistas de sus palabras fueron los olvidados de México y de América Latina, ya sean las mujeres masacradas (no evitó una mención a los asesinatos, hace sólo diez días, de dos mujeres en el infierno de Ciudad Juárez), las masas anónimas que inten-

Historia y actualidad No evitó la mención a los asesinatos, hace sólo diez días, de dos mujeres en el infierno de Ciudad Juárez

tan entrar en Estados Unidos aún a costa de su vida, o todo un modo de vida arrinconado por el falso y deshumanizador progreso. De todo habló quien de

niña llegó al país azteca a bordo del «Marqués de Comillas», el barco fletado por Gilberto Bosques (a quien estos días el Instituto de México en Madrid dedica la exposición «Solidaridad en tiempos difíciles. No fui yo, fue México»), y que aprendió el español en la calle, un español teñido por palabras sonoras anteriores a los conquistadores.

Si un nombre estuvo presente en todo momento fue el de Gabriel García Márquez. No sólo le recordó ella («antes de



Doña Sofía besa a los nietos de Elena Poniatowska, seguida por la escritora

EFE

él éramos los condenados de la Tierra, pero él le dio alas a América Latina», sino también el ministro Wert («Un escritor no muere hasta que lo hace el último de sus lectores y harán falta muchos más de “Cien años de soledad” para que esto suceda con García Márquez»), sino también el Rey: «Una figura clave de las letras hispánicas y de toda la literatura universal».

Con su sonrisa bondadosa, el premio Cervantes escuchó al ministro destacar la importancia de su figura y su obra: «Elena Poniatowska, nacida princesa en Francia, mexicana por convicción, combatiente de la libertad y de la igualdad en la tierra que tomó por propia y a través de la lengua que también adoptó por libre elección, hoy, porque así lo han querido sus pares, el Premio Cervantes la reconoce como reina de las letras españolas. Que sea enhorabuena.»

Finalmente, Don Juan Carlos destacó cómo «la Humanidad es el centro de gravedad de la obra de Elena Poniatowska. La necesidad de dar voz a los desfavorecidos, de poner en evidencia las contradicciones del progreso, de denunciar la discriminación social y toda clase de injusticias, conforma el espíritu de su producción literaria.» El aplauso final cerró el acto y dio paso al tradicional «Gaudemus igitur». Y justo después, Elena Poniatowska buscó a sus nietos para fundirse en un abrazo con ellos. Atrás quedaban los nervios, y en su lugar quedaba una anciana sonriente que aún arde en deseos de contar.

ABC

Galería de fotos de la entrega del Premio Cervantes

Tras la entrega del Cervantes, la escritora y su familia recibieron el cariño de los Reyes y el resto de asistentes

Todos somos venidos a menos

JESÚS G. CALERO
ALCALÁ DE HENARES

«**T**odos somos venidos a menos, menesterosos», había sentenciado Elena Poniatowska en su discurso, y «en reconocerlo está nuestra fuerza». La frase, oída ayer en Alcalá, como conclusión de su dilatada y rica carrera literaria y periodística, en presencia de tantas autoridades, llamaba poderosamente la atención. Incluso cuando los nervios vinieron a menos tras la ceremonia, -tal y como confesaba la escritora mexicana a los periodistas-, ella disfrutaba a sus anchas, en el centro de un torbellino de atenciones. Le pedían posar para una foto tras otra y recibía los elogios y el cariño de los Reyes, de sus propios nietos y sus hijos y del resto de asistentes.

Explicó que los Reyes habían elogiado su discurso y que le pidieron el texto, cuya fuerza y belleza todo el mundo comentaba. «Son lindísimos», dijo de Don Juan Carlos y Doña Sofía. «Ella me gusta muchísimo. Yo conocí a su abuela Federica, porque cuando tenía 20 años mis padres me mandaron a Grecia, en un viaje de estudios. La visité y me recibí durante media hora,

a una chamaca babosa que yo era, ella estaba perdiendo obviamente su tiempo, pero fue muy cariñosa y atenta».

También comentó con los periodistas su encuentro de la víspera con el Príncipe: «Felipe me pareció un hombre muy inteligente, muy accesible, agradable y cercano, que me habló de la educación de sus hijas. Me confesó que su personaje preferido -y también el mío- es Mandela. Por luchón, por las batallas que ganó, por saber vivir en la cárcel, y mantenerse».

Garabatos en los libros

Paula, su hija, compartió con ABC algunos de sus recuerdos: «Todo sucede mientras mi madre está trabajando. Siempre fue así, desde niña la recuerdo igual, toda mi vida la vi trabajar sin pausa, y mientras ella escribía sin parar nosotros jugábamos alrededor; garabateábamos sus libros, incluso los de García Márquez. Es tan cierto que,

**Su hija Paula
«Mi madre siempre
trabajaba y por eso nada
me arrulla mejor que una
máquina de escribir»**

desde niña y todavía hoy, nada me arrulla más que el sonido de una máquina de escribir». ¿Y como abuela? «Es incluyente, no suele decirles a sus nietos que se estén quietos», ni cuando entran como un ciclón en su casa de México. Ayer siete de sus diez nietos la acompañaban llenos de orgullo. Recibieron un cariñosísimo saludo de Doña Sofía. «¿Y el Rey?» preguntaba la más pequeña cuando ya la Reina la había besado.

También supimos que ese discurso unánimemente aplaudido lo cambió Poniatowska. Al principio había escrito otro texto que hablaba mucho más de Cervantes pero «se lo di a leer a una amiga y me dijo que estaba malo de la patada». La amiga, Marta Lamas, explicaba entre sonrisas a ABC que nunca empleó esa expresión y que el discurso «estaba muy bien escrito, pero era menos personal, hablaba menos ella y de sus obras». Su consejo dio como resultado una alocución emocionante, con fuerza cívica, un canto a México, a la lengua compartida y a los siglos en los que «los destartalados, los candorosos» han dado voz a nuestra cultura, desde los personajes de a pie de Cervantes. Los discursos vienen a menos, y así hallaremos su grandeza.